

FERNANDO VALLS / ENTRE LA VALORACIÓN Y LA CRÓNICA: LA NARRATIVA ESPAÑOLA (EN CASTELLANO) EN EL 2021

Las noticias literarias más importantes del año, en la materia que me ocupa, quizás hayan sido la concesión del Premio Cervantes a una escritora atípica como es la hispanouruguaya Cristina Peri Rossi, cuyas últimas obras han aparecido en la editorial Menoscuarto, de Palencia, que este mismo año ha publicado *La insumisa*, sus memorias; el Premio de las Letras Españolas a José María Merino, y los fallecimientos de José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Sastre, autor de textos narrativos tan notables como *Las noches lúgubres* (1964), el profesor y narrador Antonio Prieto, a la edad de 92 años, que ha pasado inadvertido, Antonio Martínez Sarrión, autor de unos sugestivos diarios, además de poeta y traductor notable, y Almudena Grandes, sobre todo por lo temprana que ha sido su muerte y por la gran repercusión que ha tenido, emocionando a sus lectores y dejando en evidencia, una vez más, la torpeza de los políticos de la derecha madrileña, con el señor Martínez Almeida a la cabeza.

Por lo que respecta al descubrimiento de nuevos talentos, menores de 35 años, hay que destacar la versión española, editada por Canda, del último número de la revista *Granta*; se publica en español desde el 2003, aunque la original inglesa data de 1983. Se titula *Los mejores narradores jóvenes en español* y está al cuidado de Valerie Miles. En sus páginas nos encontramos con los siguientes autores españoles: Cristina Morales, Andrea Abreu, Irene Reyes-Noguerol, Alejandro Morellón y David Aliaga; junto a los hispanoamericanos, hasta un total de 25. En años anteriores, la revista dio a conocer a narradores que han tenido luego reconocimiento, como son los casos de Andrés Neuman, Andrés Barba, Javier Montes, Elvira Navarro, Sonia Hernández y Pablo Gutiérrez. De este número han aparecido también ediciones en inglés e italiano.

Entre los nuevos temas que han abordado los autores, habría que destacar el impacto de la pandemia, sobre todo en los diarios, cuyo mejor ejemplo es el libro de Muñoz Molina, y las ficciones que podrán escribirse tras ella, a lo que responden escritores y editores (1); la España vaciada, en la estela de los libros de Sergio del Molino (*La España vacía*, 2016; *Contra la España vacía*, 2021, y *Atlas sentimental de la España vacía*, GeoPlaneta, 2021), aunque Pablo Casado, líder del PP, haya visto la mano del PSOE tras el concepto. En cambio, no parece que a nadie le preocupe la España saturada. Las noticias falsas y las mentiras han dado mucho juego, y han sido muy criticadas por los articulistas más incisivos, aunque ninguno de ellos parece haber leído la divertida novela satírica de Felipe Benítez Reyes, *La conspiración de los conspiranoicos* (Renacimiento)

Añadamos, además, la búsqueda de la espiritualidad, sea o no católica, en el camino de José Jiménez Lozano, Carlos Pujol y Pablo d'Ors («En estas últimas décadas no ha habido novela religiosa y muy poca poesía», pues «ser cristiano es algo políticamente incorrecto», le comenta a Álvaro Colomer), cultivada ahora entre jóvenes escritores como Ana Iris Simón, Rafael Narbona, Ignacio Peyró y David Aliaga, por solo recordar a algunos narradores (2). Otros muchos siguen insistiendo en el cultivo de géneros clásicos, tales como el

policíaco o la de ciencia-ficción, o en la modalidad llamada autoficción, aunque sin dejarnos —según parece— ninguna muestra de verdadero mérito.

Tampoco han faltado libros de microrrelatos y de cuentos, ni novelas de cierto mérito. En el primer género, habría que llamar la atención no solo sobre los libros, sino también sobre las secciones dedicadas al género que aparecen en la revista *Quimera*, comandada por Ginés S. Cutillas, y en el suplemento literario *Los diablos azules*, de *infoLibre*, con su sección *Liebre por gato*, que Gemma Pellicer y yo coordinamos. Y podrían destacarse los libros de Francisco Ferrer Lerín (*Casos completos*, Contrabando. Ed. de Antonio Viñuales Sánchez), Julia Otxoa (*Tos de perro*, Eolas), Ricardo Álamo (*Mínimo esfuerzo*, Prensas de la Universidad de Zaragoza. Prólogo de Miguel Pardeza) y Estefanía González (*En sueños de otros*, Tres Hermanas), habiéndose reeditado además —caso raro en el género— el volumen de Cutillas (*Un koala en el armario*, Pre-textos), cuya primera edición databa del 2010.

Por lo que se refiere al cuento, destacaría los libros de Gonzalo Calcedo (*Como ánales*) y Cristina Cerrada (*660 mujeres*), ambos en Menoscuarto; el de Domingo Villar (*Algunos cuentos reunidos*, Si-ruela), ferviente defensor del valor oral de los relatos; Sonia Hernández (*Maneras de irse*, Acantilado); los de Ernesto Calabuig (*Frágiles humanos*) y Pepe Cervera (*Azufre*), en Tres Hermanas; Nicolás Melini (*Talón*, Franz) y Miguel Serrano Larraz (*Si no eres, lo menos que podrías hacer es decirlo*, Prensas de la Universidad de Zaragoza), que reúne una selección de sus cuentos, elegidos por el propio autor, quien le pone un recomendable prólogo, unos capítulos de novela y algunos relatos inéditos. Son todos ellos, como no podía ser menos, libros de temáticas y estéticas muy diferentes, si bien con piezas de mérito.

En el poco singularizado terreno de la novela corta, parece ser que no demasiado apreciado por autores y editores, tenemos este año buenos ejemplos: *Los extraños* (Impedimenta), de Jon Bilbao; *La tristeza del mundo* (Alud Editorial), de Francisco Silvera; y sobre todo *Eterno amor* (Páginas de Espuma), de Pilar Adón. Esta última trata de las relaciones de poder, de la confrontación que se produce entre las reglas estrictas de una comunidad de mujeres y el deseo de libertad, que se establecen entre dos hermanas y un preceptor, en una residencia de beguinas situada en un lugar aislado. Así pues, entre Sandra, la superiora; Coco, la nueva institutriz que viene a ocuparse de Lemuel, un chico singular al que tienen acogido, y Evans, un preceptor begardo que llega al lugar tratando de imponer su autoridad. La acción transcurre en un espacio y un tiempo indeterminados que generan una cierta tensión y avivan la imaginación del lector. La autora baraja varios motivos más: el del extraño que llega a un lugar para perturbarlo, generando el conflicto; el del doble y, por último, cómo alguno de los misterios se resuelve mientras que otros no, rompiendo con el clásico final esclarecedor. La situación límite que se genera propicia la intervención de Lemuel, quien logra cambiar las tornas. La trama inquietante, la presencia de lo paradójico, la atmósfera que se crea y el tono de voz de Coco, la narradora, junto con algunos atisbos de

(1) Para unos primeros balances, *vid.* Xavi Ayén, «Los efectos del coronavirus en las librerías. La literatura de la covid», *La Vanguardia*, 13 de octubre del 2021, pp. 32 y 33; Jorge Carrión, «Narrativas de la pandemia», *La Vanguardia*, *Culturals*, 27 de noviembre

del 2021, pp. 1-3, e Inés Martín Rodrigo, «¿Qué escribir a partir de ahora? La ficción que saldrá de una pandemia que volvió inverosímil la realidad», *ABC Cultural*, 13 de febrero del 2021, pp. 4 y 5.

(2) *Vid.* el reportaje de Álvaro Colomer, «Literatura y religión. Los escritores jóvenes sienten la llamada», *La Vanguardia*, *Culturals*, 24 de diciembre del 2021, pp. 1-3.

escritura automática y la ruptura con la lógica son otros aspectos importantes de la narración, así como el diálogo que se genera entre el texto y las ilustraciones, de Kike de la Rubia, enriqueciendo la historia. Todo ello produce una cierta sensación de irrealidad, distanciando esta narración del realismo.

Y en cuanto a las novelas más destacadas, de entre las que he podido leer, señalaría las de Javier Marías (*Tomás Nevinson*, Alfaguara); Fernando Aramburu (*Los vencejos*, Tusquets), del que se han vendido 125.000 ejemplares y se han hecho 11 ediciones, según la editorial; Eduardo Mendoza (*Transbordo en Moscú*, Seix Barral), con más de 60.000 ejemplares en 2 ediciones; Javier Cercas (*Independencia*, Tusquets), con 90.000 ejemplares vendidos en 4 ediciones; Fernando Clemot (*Fiume*, Pre-textos), Antonio Lucas (*Buena mar*, Alfaguara) y Ginés S. Cutillas (*El diablo tras el jardín*, Pre-textos), que ha supuesto su debut en el terreno de la novela y como tal habría que tratarla.

El relato de Marías forma un díptico con *Berta Isla* (2017) y en ella el protagonista, un espía angloespañol cuyo nombre da título a la narración, cuenta su caso, nos recuerda su historia. Lo que se relata es el nuevo encargo que le hace Tupra, su antiguo jefe en el MI6, cuando parecía haberse retirado ya del servicio. La acción arranca en 1997 y durará dos años. El caso es que debe instalarse en Ruán, una imaginaria ciudad situada en el noroeste de España, donde residen tres mujeres (Celia Bayo, María Viana e Inés Marzán), una de las cuales, a quien tiene que descubrir y ajusticiar, llamada en realidad Maddie Orúe O'Dea, hispanoirlandesa, ha colaborado con el IRA y con ETA, participando en varios atentados ocurridos en España en los años anteriores. La novela se sustenta en diversos enigmas y dilemas sobre si los delitos prescriben, si debe asesinarse a una mujer o si resulta lícito matar para evitar males mayores, además de en una serie de diálogos (sobre todo con Tubra y Berta, su exmujer) y en las reflexiones que no deja de hacerse el protagonista. Pero Marías no solo se ocupa del pasado, sino también se muestra muy crítico con determinados aspectos del presente, sobre todo con ciertas actuaciones del nacionalismo vasco y catalán, tal y como ha venido comentando el autor en sus artículos publicados en *El País Semanal*. Por otra parte, la novela, que puede leerse asimismo como la historia de un cambio, el del protagonista, además de —a otro nivel— el de Tupra, aparece repleta de resonancias de sus libros anteriores.

Publicar una novela después de *Patria* (2016) no ha debido de resultarle fácil a su autor, aunque con *Los vencejos* me parece que ha salido airoso. La acción transcurre en el presente, entre el 2018 y el 2019. Toni, el narrador protagonista, cuya voz se impone en la narración como casi única, va componiendo una especie de diario que denomina «crónica personal», para contarnos el desencanto que le produce la vida que ha llevado y anunciarnos su suicidio, el miércoles 31 de julio del 2019, iniciando un proceso de despojamiento de casi todo lo material. En los pensamientos que componen su perorata no falta la mezquindad, el odio, la misoginia y el tono sarcástico, ni tampoco un compendio de los males de la sociedad y de los graves defectos de las personas que la componen. Así, se muestra muy crítico y pesimista, pero no menos autocrítico. El caso es que Toni, hombre sin sustancia, se presenta como esposo (Amalia, su exmujer, no sale bien parada), padre (su hijo, Nikita, es una calamidad), amigo (Patachula, Pata, es su principal interlocutor; y Águeda, su fiel enamorada, desempeñan papeles relevantes), hijo, hermano, tío y yerno, amante de los animales y aficionado a las muñecas sexuales, con las que atenúa su soledad. A lo largo de la narración, se plantea dos cuestiones: el papel que debe desempeñar el hombre en la sociedad actual, tras los

muchos cambios acaecidos; y cómo transcurre la vida cuando sabemos que tiene fecha de caducidad. *Los vencejos*, en suma, es una novela reflexiva, de personajes singularizados, pero en la que apenas ninguno se salva, dándonos además el protagonista muestras constantes de un pensamiento políticamente incorrecto, que se agradece en tiempos de tanta beatería.

En *Fiume*, de Fernando Clemot, se cuenta la relación que el periodista americano Tristram Vedder mantuvo con Italia, en dos momentos importantes de su vida, en 1919 y en 1949, a los que remite en un movimiento pendular, confrontando presente y pasado, lo histórico, lo individual y lo familiar. En esta última fecha, junto a su familia, con quienes vive escenas de gran tensión, va en busca de la tumba de su hijo Ben, muerto cerca de Ferrara cuando la guerra estaba a punto de acabar. Este segundo viaje activa en él los recuerdos; no en vano, Vedder actúa como narrador protagonista, testigo de los hechos, de su estancia en el llamado Estado Libre de Fiume, una ratonera, cuando estuvo con la intención de entrevistar a diversos personajes europeos, entre ellos D'Annunzio. Esta experiencia será un anticipo del fascismo que vendrá. Se cuenta, por tanto, la historia de los avatares profesionales de Vedder y la de una familia fracturada, la suya propia, incluyendo amores y desamores, adulterios, sin que falte la autocrítica del protagonista, ni tampoco las reflexiones sobre el fanatismo, la crueldad y el odio, así como la terrible violencia de la época. Y aunque la acción transcurre en el pasado, no he podido dejar de pensar en el presente, en la demagogia, el fanatismo y la intolerancia que a menudo afloran en la sociedad española.

Buena mar es la primera novela del periodista y poeta Antonio Lucas, y sale de ella airoso. Mauro, el narrador, cuenta un viaje durante tres semanas al Gran Sol, embarcado con unos pescadores, tras el objetivo de escribir un reportaje. Para el protagonista resulta ser un viaje iniciático, que le sirve para darse cuenta de la complejidad y dureza de una profesión, pero también para reflexionar sobre su propia vida, tanto la personal como la profesional, en unas semanas en las que el tiempo transcurre para él de manera más pausada, a otro ritmo, alternándose a lo largo de las jornadas la tranquilidad y el malestar, el entusiasmo y el miedo. Esta ¿aventura? le permite percatarse de que le concedemos importancia y tiempo a cosas sin interés, mientras que prestamos poca atención a otras de mayor enjundia y valor. Pero no se trata aquí de lo que viene tachándose de autoficción, aunque algunas de las peripecias de Mauro coincidan con las del autor, pues Antonio Lucas dota al personaje de una voz y una biografía que lo singularizan, que le son propias. El final del relato es abierto, para que el lector pueda especular qué será de Mauro en el futuro. Sin ser una novela lírica, la calidad de la prosa, el estilo del autor resulta muy cuidado y está por encima de la mayoría de las novelas que hoy se publican.

En cambio, hay otras muchas novelas que no he podido leer, bien por falta de tiempo, o porque no me han llegado, aunque por una u otra causa hayan captado mi atención, en algún caso debido a que bien un crítico o un lector amigo en quien confío la ha destacado, bien por lo que sus autores han dicho en alguna entrevista. Se trata de las narraciones de Gustavo Martín Garzo, Justo Navarro, Pedro Zarraluki, Antonio Soler, Arturo Pérez-Reverte, Adolfo García Ortega, Belén Gopegui, José Antonio Garriga Vela, Ricardo Menéndez Salmón, David Trueba, Javier Azpeitia, Manuel Vilas, Edurne Portela, Jesús Carrasco, José Pérez Andújar, José Ovejero, Mario Cuenca Sandoval, Daniel Gascón, Álex Chico, Francisco Silvera, Jacobo Bergareche y Sergi Bellver.





F. VALLS /
ENTRE LA
VALORACIÓN
Y LA CRÓNICA...

Bien es cierto que los libros que aparecen en la primera mitad del año tienen más posibilidades de ser analizados, valorados y tenidos en cuenta, frente a aquellos otros que se publican en el último trimestre. De igual modo eso sucede con los libros que recibimos de manos de los autores y de las editoriales, cada vez menos, incluso de los escritores de los que solemos ocuparnos, los que tenemos a mano, siendo más fácil que contemos con ellos.

Pero si un género ha destacado en el 2021, por la calidad de alguna de sus obras, ha sido el diario o dietario. Así, me parecen notables los de Rafael Chirbes (*Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, Anagrama), José Jiménez Lozano (*Evocaciones y presencias*, Confluencias), Antonio Muñoz Molina (*Volver a dónde*, Seix Barral) y Andrés Trapiello (*Quasi una fantasía*, Ediciones del Arrabal). Siento no conocer los de Marta Sanz (*Parte de mí*, Anagrama) e Ignacio Peyró (*Ya sentarás cabeza*, Libros del Asteroide). En cambio, creo que el de Juan Marsé, *Notas para unas memorias que nunca escribiré* (Lumen), no deja precisamente a su autor en buen lugar. La reedición de un clásico del género, *La gallina ciega* (Renacimiento), de Max Aub, al cuidado de Manuel Aznar Soler, con prólogo y notas puestas al día, supone también un gran acierto.

El suplemento de cultura del diario *El País* ha elegido los *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, de Rafael Chirbes, como el mejor libro del año, aunque *La Vanguardia* (Marías), *El Cultural* (Marías) y *ABC* (en el caso de la narrativa española se han decantado por los libros de Marías, Aramburu y Pérez Reverte) hayan optado por otros libros. En el prólogo que le he puesto al libro de Chirbes intento analizar y valorar sus características. A sus páginas remito, para no repetirme aquí.

Volver a dónde, de Antonio Muñoz Molina, me ha parecido otro de los libros más destacados del año y quizás el que mejor haya sabido mostrar las distintas sensaciones que nos ha producido la pandemia. Aquí, el narrador, el personaje y el autor se identifican. Se vale de la retórica propia de la novela, pero cuando se ocupa del pasado utiliza la del memorialismo, aunque tengo la impresión de que la narración contenga más de testimonio que de relato de imaginación. Sea como fuere, yo lo he leído como un diario en el que conviven los avatares actuales con la rememoración del pasado, de su infancia y juventud en Úbeda, las relaciones con su familia, generándose un contraste entre el presente y el —a veces— tenebroso pasado de la postguerra. El narrador aparece en su condición de hijo, esposo, padre y abuelo, declarándose ecologista y partidario de un mundo más civilizado, tranquilo y silencioso. Nos llama la atención su preocupación por el lenguaje, las diferencias entre el de su infancia y el presente, pero, además, cuenta qué libros leyó y qué música escuchó durante el confinamiento. Muñoz Molina ha explicado que si en su anterior libro, *Un andar solitario entre la gente* (2018), exploraba aquello que puede observarse estando en movimiento, en este nos muestra en qué nos fijamos cuando tenemos limitados los movimientos. Al fin y a la postre, nos plantea en qué tipo de sociedad queremos vivir. Y a este respecto quedan claras sus aspiraciones, que me parecen que son las de no pocos lectores, yo mismo, entre ellos: deseamos habitar en una ciudad más justa para todos, mucho más tranquila, con menos ruidos y menos agresiva, más vacía y austera, donde se pueda transitar sin prisas y convivir en armonía con el resto de los ciudadanos.

Quasi una fantasía, de Andrés Trapiello, es el vigésimo tercer tomo de los diarios que componen su *Salón de pasos perdidos*, que viene publicando desde 1990. Todos ellos tienen algo en común (los espacios, la presencia de la familia del autor y de sus amigos más cercanos, los autores o artistas que más admira, y el estilo de la prosa),

pero nunca faltan personajes, temas y situaciones nuevas. En esta ocasión la habitual doble perspectiva nos sitúa en el 2009 y en el 2020, barajando la vida pública y la íntima, valiéndose de los diversos registros o modalidades de la prosa, bien sea el lírico, lo sentencioso o aforístico, bien el humor, la sátira e incluso lo grotesco, junto con el retrato, la escena dialogada o la construcción del personaje. Pero quizá lo más curioso de constatar sea que los Trapiello han acabado convirtiéndose en editores de estos tomos, pues han dejado de publicarse en Pre-Textos, como era habitual, para aparecer en las Ediciones del Arrabal, recién fundada por ellos. Así, han pasado de personas a personajes, y sin dejar de serlo se han convertido también en editores. Con la perspectiva que nos proporciona el paso del tiempo, hay que afirmar que, así y todo, con sus virtudes y defectos, esta es, en conjunto, una obra magna que perdurará.

Más difíciles de clasificar resultan los libros de Luis Landero (*El huerto de Emerson*, Tusquets), J. Á. González Sainz (*La vida pequeña*, Anagrama) y Gonzalo Hidalgo Bayal (*Hervaciana*, Tusquets), si bien todos ellos me parecen muy recomendables. En el caso Landero no se trata solo de unas memorias, ni tampoco de una novela al uso, pues la voz que habla es siempre la del autor, sin filtro alguno y la identificación entre narrador y autor es casi completa, valiéndose de los cuatro personajes que nos confiesa que anidan en él: el hombre, el lector, el profesor y el escritor. Por tanto, se trata de un relato híbrido, baci-yélmico, «fogonazos de la memoria», los denomina, dado que conviven la narración, la reflexión, las historias y las confesiones, la teoría y la práctica de la escritura (véanse, por ejemplo, las páginas que le dedica a Kafka), componiendo su conjunto la tragicomedia de una vida que acaba siendo agrídulce. Podría decirse, en suma, que baraja una especie de autobiografía al servicio de la ficción, con las historias y las reflexiones, entre las que podría destacarse la que cierra el libro, dedicada a la presencia de la muerte.

La novela que más ruido ha generado, por motivos extraliterarios, ha sido *La bestia*, de Carmen Mola (seudónimo de tres caballeros), ganadora del Premio Planeta. Entre los más vendidos aparecen también, si es que podemos hacer caso a las listas que miden las ventas, pues se han sostenido en ellas a lo largo de varias semanas, las novelas de Aramburu, Pérez Reverte y Muñoz Molina. En los primeros meses del año solían figurar también las novelas de Mendoza, Cercas y, aunque con mejores ventas que críticas, la finalista de Planeta (Paloma Sánchez Garnica, *Últimos días en Berlín*), Julia Navarro (*De ninguna parte*, Plaza & Janés) y María Dueñas (*Sina*, Planeta).

Según Daniel Fernández, responsable de Edhasa y Castalia, quien acaba de ser nombrado presidente de la Federación del Gremio de Escritores de España, en el 2021 «se ha dado un aumento sostenido de la venta de libros, este año acabaremos [con] entre el 20% y el 25% de crecimiento». En cambio, las exportaciones han descendido en el 2020 un 26%, según Patricio Tixis, el anterior presidente de la citada Federación, quien ha afirmado que el 2020 ha sido el mejor año en ventas para el sector del libro en el último decenio», y la previsión de que el 2021 sea aún mejor, hasta el punto de que nos ha dejado una frase lapidaria que ha hecho fortuna: «Por primera vez, el libro compite en el sofá de las casas con las plataformas audiovisuales y la televisión». Y en un reciente editorial de *El País* se afirmaba que «hoy vive el libro un crecimiento sin precedentes», pues «la lectura y la compra de libros han resurgido con fuerza». ¡Ojalá sea verdad! Sin embargo, en el último trimestre ha saltado la alarma, pues debido a la escasez del papel de la tripa, se anuncia un incremento del precio hasta de un 20% en el 2022, y del llamado cartón gris, empleado en

los libros de tapa dura, así como el encarecimiento de la impresión, todo lo cual ha hecho que el precio aumente. Además, ha subido la luz, hay problemas con el transporte y las plantas de impresión están saturadas (3).

Por otra parte, no parece que la autoedición nos haya traído nada de mucho interés, a pesar de las cifras que se barajan, me temo que infladas, que suelen darse de las ventas de algunos libros. Y algo semejante podría decirse de los libros electrónicos y los audiolibros (según Tixis representan el 7 y el 1 %, respectivamente, del total del mercado), terreno en el que predominan tanto las predicciones apocalípticas, el fuego de artificio, como la escasa entidad literaria (4).

Si un lector atento repasara los diferentes balances del año que han publicado los periódicos, una tradición que no falla y un género arbitrario y estrambótico porque casi siempre se basa en el conocimiento parcial de lo que se juzga, se quedaría desconcertado. Algunos libros que figuran entre los mejores del año en un diario, en otros ni siquiera se citan, mientras que se destacan relatos —digamos— discretos, a veces escritos por los colaboradores del mismo medio. El balance de *El País*, quizás el más sensato, fue muy criticado por la ausencia de escritoras (5), mereciendo una irónica contestación de Javier Rodríguez Marcos («Libros del año: votar bien, votar mal», *El País*, 22/XII/2021).

Escribía Félix de Azúa («El acabose», *El País*, 28/XII/2021) que el 2021 ha sido uno de los peores años de las últimas décadas. Una viñeta de El Roto (*El País*, 30/XII/2021) insiste en lo mismo: en ella aparece un coche, que representa al año 2021, precipitándose al abismo. Pero no ha sido así en el terreno de la literatura, de la prosa

narrativa, pues los autores —digamos— consagrados nos han dado buenos libros, sin ser en casi ningún caso los mejores de los suyos.

Quiero acabar recordando un comentario reciente de Carlos Boyero sobre el cine, que vale lo mismo como advertencia para la literatura: «Lo que ya no sé es si esa diversidad está acompañada por el talento, la sensibilidad y el arte que se precisa para hacer gran cine. Y, por supuesto, me da igual la identidad étnica, cultural y sociológica de los autores. Pero tengo claro que el cine no debe ceñirse a obligatorias cuotas, etnias, militancias, adscripciones, esas cositas tan convenientes y políticamente correctas» (6). En suma, volvemos a la literatura, el criterio para juzgar las obras, en una revista como esta, debería ser la calidad estética, la ambición y el acierto, destacando aquellos relatos que supongan algún tipo de innovación en la trayectoria del autor o —en el caso de los más ambiciosos— en la tradición en la que se inscribe, ya sea por la lengua, el castellano en nuestro caso, ya por el género literario que cultive, libros que nos dejen huella, que perduren en la memoria. Como dice el lugar común, en este caso cierto, el tiempo dirá en qué nos hemos equivocado, pues los aciertos se les suponen a los críticos veteranos.

F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

P. S. De varios de estos libros me he ocupado con más detenimiento en reseñas aparecidas en el suplemento literario *Los diablos azules*, del periódico *infoLibre*. Cuando ya había entregado este artículo he leído una novela que me ha parecido excepcional, *Infierno, Purgatorio, Paraíso* (Tusquets), de Jordi Ibáñez Fanés. Puede verse la reseña en el citado diario.

F. VALLS /
ENTRE LA
VALORACIÓN
Y LA CRÓNICA...

(6) Vid. Carlos Boyero, «Ay, el amor entre los desposeídos», *El País*, 27 de abril del 2021, p. 27.

JUAN ANDRÉS GARCÍA ROMÁN / QUÉ CONTRATIEMPO: POESÍA ESPAÑOLA EN 2021

¿Sigue vivo el sueño de la historia? En *El grado cero de la escritura* (1972), Roland Barthes retrataba al autor de la modernidad como un individuo esquizoide que se acoge al concepto de progreso mientras retrata su alineación. Algunos años antes, por su parte, Walter Benjamin había investido al crítico como agente de una misión trascendental, si es que no esotérica: leer lo ya leído en otro orden para detener, aunque fuera por un instante, el curso catastrófico de la historia: ¿el sueño de la historia reducido a ensoñación momentánea de otro destino? Con todo, tanto la visión de Barthes como la de Benjamin se originan de una misma metáfora: la historia como viaje, como avance. Nosotros, en cambio, ciudadanos del 2021, acabamos de sufrir en nuestras carnes una representación del fin de la historia en forma de pandemia y mudanza radical, nosotros, que viajamos a bordo de un planeta enfermo. Pero también sería apresurado descartar la metáfora evolutiva, pues ya se sabe que la vida de las imágenes es lenta y contradictoria. Preguntemos mejor al gurú: ¿qué dicen ellos?, ¿en qué metáforas habitan los poetas de un país, España, y de un año, 2021?

Son tiempos recios. Es hora de dar voz a la enfermedad, aquella que históricamente fuera excluida de la poesía entre hojas de acanto y fieros poetas que retaban, fauvistas, a la muerte. La enfermedad no es un estado místico, y si lo es, tiene poco de gozoso; en la enfermedad, al menos en la de uno, no hay belleza, y hasta el poeta que cantó a la carroña cedió su pluma al punto de enfermar. Se han escrito bellos

poemas desde la lucidez de la enfermedad, sí, pero su tratamiento actual presenta novedades: lo hospitalario como materia del poema, la enfermedad como reto a la «normalidad» y a la propia noción indivisa del yo, la incoherencia del discurso, una incoherencia no buscada, sino «inoculada», etc. La visualización de la enfermedad era, por tanto, necesaria, un imperativo humano. *Sacrificio*, de Marta Agudo, podría considerarse una continuación de *Historial* (2017). Y quizá lo sea, pues, paralelamente a la pugna *individuum-dividuum*, se desmonta el concepto de poemario como obra nítida, conclusa, deudora del genio y de una cierta noción del progreso literario. Una deconstrucción que es sacrificio y, de algún modo, sanación: «¿Ir deshaciendo, revocando el cuerpo en formas geométricas, para así suspender el dolor? / (...) / la idea me divierte. ¿hasta dónde llegaría la amputación? ¿Qué quedaría de mí en la cama del hospital? Sonríe». No es de extrañar el uso de la prosa en todo el poemario: es una verdadera fenomenología del cuerpo y del espíritu, un tratado que debe algo a Pascal y otro tanto a Montaigne. Y es que a la caída sucede una más natural pertenencia, una vida más allá de la categoría: «He tenido que llegar hasta aquí para intuir el árbol tras la belleza». El lugar de la enfermedad es curiosamente preclaro, pero hablar de la ganancia en la pérdida supondría asignar a *Sacrificio* un final feliz, y nos equivocáramos. Al cabo, el mar solo se siente ahogándonos en él, y es vocación de este libro su propia incomodidad, como el número de fragmentos

(3) Vid., en *La Vanguardia*, 14 de diciembre del 2021, pp. 1, 2, 32 y 33, las editoriales de Jordi Juan («Un intruso en el sofá» y «Creemos que... El libro sigue subiendo») y el artículo de Francesc Bombí-Vilaseca, «El libro despegó con el mejor año de la última década»: la entrevista de Xavi Ayén a

Daniel Fernández, *La Vanguardia*, 31 de diciembre del 2021 y 1 de enero del 2022, p. 32; las crónicas de Justo Barranco, «La exportación de libro cayó un 26% por la pandemia, pero subió la venta en España», *La Vanguardia*, 2 de octubre del 2021, p. 37, y Francesc Bombí-Vilaseca,

Í N S U L A 9 0 4
A B R I L 2 0 2 2

«Preocupación en el sector editorial. El papel ralentiza el libro», *La Vanguardia*, 26 de octubre del 2021, pp. 26 y 27; y el editorial «La resistencia del libro», *El País*, 12 de septiembre del 2021.

(4) Vid. el reportaje de Xavi Ayén, «Tendencias del sector editorial. Yo me

lo escribo, yo me lo edito», *La Vanguardia*, 4 de octubre del 2021, pp. 30 y 31.

(5) Valga como ejemplo, a pesar de su dudoso fundamento, el artículo de Nuria Labari, «50 libros con sesgo de género», *El País*, 15 de diciembre del 2021.

